

Carlos Holemans
LOS ESPÍAS NO HABLAN

arpa

ÍNDICE

1. Blanco de plomo	13
2. Azul de Prusia	20
3. Verde inglés	39
4. Amarillo diente de león	55
5. Violeta morado	72
6. Gris de campaña	86
7. Blanco de España	97
8. Pardo terroso	110
9. Amarillo Judas	127
10. Azul ultramar	146
11. Amarillo azufre	163
12. Ocre albero	176
13. Verde indio	193
14. Oro oscuro	209
15. Gris wolframio	226

16. Verde aguamarina	241
17. Rojo carmín	257
18. Rosa palo	273
19. Plata	287
20. Amarillo miel	302
21. Rojo sangre	311
22. Negro hueso	328
AGRADECIMIENTOS	339
NOTAS	347

*A Albert Pepermans, mi primo, amigo, suegro y abuelo
de mi hijo. Gracias a él, y a su esposa Maria Jespers, el frágil
cordón umbilical que me unía a Bélgica nunca se rompió.*

*A ambos, in memoriam, eterna gratitud por ayudarme
a descubrir lo que los espías no hablan.*

Bruscamente la tarde se ha aclarado
Porque ya cae la lluvia minuciosa.
Cae o cayó. La lluvia es una cosa
Que sin duda sucede en el pasado.

Quien la oye caer ha recobrado
El tiempo en que la suerte venturosa
Le reveló una flor llamada rosa
Y el curioso color del colorado.

Esta lluvia que ciega los cristales
Alegrará en perdidos arrabales
Las negras uvas de una parra en cierto

Patio que ya no existe. La mojada
Tarde me trae la voz, la voz deseada,
De mi padre que vuelve y que no ha muerto.

JORGE LUIS BORGES

I

BLANCO DE PLOMO

Era de madrugada. Hacia las dos o las tres. La luz se encendió de pronto y mi madre entró en la habitación con la brusquedad con que llegan las malas noticias.

Mi hermano Xavi y yo nos incorporamos. Dormíamos en camas contiguas. Sin embargo, mi madre eligió sentarse en la mía, lo que llamó mi atención.

Me puso en la muñeca el reloj de cadena metálica de mi padre y dijo las cuatro palabras:

—Vuestro padre ha muerto.

Miré el reloj. No recuerdo qué hora marcaba. Era el que mi padre llevaba puesto unas horas antes, en la cama del hospital, cuando fui a darle las buenas noches. De hecho, era su único reloj.

—Vestíos, viene para acá.

Traían a mi padre a casa. Mi madre fue encendiendo las luces y se encaminó a la habitación de matrimonio. Desplegó una sábana grande sobre la cama y sacó un manajo de imperdibles de la lata de los botones.

Lo que iba a ocurrir era del todo irregular. Sin embargo, en la España de finales de los setenta podía hacerse si uno sabía cómo. Mi madre era comadrona y lo sabía. El médico

que atendió a mi padre hasta el final iba a firmar un parte en el que certificaba que había sido trasladado *in articulo mortis* del hospital a su domicilio para morir en casa.

Sonó el timbre del portero automático.

—Ya están aquí.

Mi madre abrió la puerta del piso y salió al descansillo a esperar mientras el ascensor subía hasta el octavo piso.

Yo no sabía qué pensar. Quizás era mi padre quien subía, inesperadamente curado y sonriente, e iba a darme un beso y un abrazo.

—Hola, *manneken*. ¿Vamos a pasear por la Rambla?

Las puertas del ascensor se abrieron y quien apareció fue un celador enorme, vestido con un uniforme hospitalario de color verde.

—Está abajo. ¿Tienen una silla?

Mi madre entró en una habitación que apenas usábamos. Allí se guardaban el caballete, las pinturas, los pinceles y la paleta de mi padre. Yo no guardaba ningún recuerdo de él usándolos; aun así, esos objetos me confirmaban que mi padre era, o había sido, artista.

Mi madre sacó una silla de enea, como las de los tablaos flamencos, una de las cuatro que había alrededor de una mesa camilla, y se la entregó al celador.

Bajamos todos en el ascensor. La silla vacía en el centro. Mi hermano, mi madre, el celador y yo, de pie en sus cuatro puntos cardinales.

Las puertas del ascensor se abrieron. El zaguán estaba desierto. Al fondo, la puerta que daba a la calle. Más allá, el frío de una noche de octubre y una ambulancia mal aparcada.

A la derecha, en una camilla y bajo los buzones, los pies de mi padre sobresalían de la sábana blanca que cubría su cuerpo.

El celador descubrió el cuerpo de un tirón, como un mago. Pero el truco falló. Mi padre no salió volando. Mi padre

estaba muerto. La cabeza ladeada, la boca entreabierta, su barba de pintor flamenco doblada y deshilachada.

Lo tomó en brazos para sentarle en la silla y el cuerpo flaco de Karel Holemans, como un quijote caído, parecía no pesar. Sus piernas se balanceaban en el aire sin músculos que las sujetaran.

Vestía el mismo pijama de la noche anterior, cuando me agarró de la mano sin dejarme ir durante un instante muy largo. Un pijama de rayas, como una víctima más de aquella guerra mundial que le torció la vida.

El celador lo cogió por los sobacos para acomodarlo en la silla. La cabeza de mi padre cayó sobre su pecho hundido. Su barbita de pintor flamenco se aplastó y se abrió como un pincel muy usado.

Agarró el asiento de la silla por detrás y la levantó para meterla en el ascensor, del que yo no había salido. La operación completa duró apenas unos segundos.

Hoy, día de mi cincuenta y cuatro cumpleaños, treinta y siete años y cuarenta y nueve días después de esa escena, sigo siendo capaz de descomponerla fotograma por fotograma.

Las puertas se cerraron y comenzamos a subir, situados en las mismas posiciones que en la bajada. En el centro, sentado en la silla, estaba ahora mi padre muerto. La cabeza, al levantarlo el celador, se le había inclinado hacia atrás y caía ahora sobre su hombro huesudo. La boca estaba entreabierta y tras sus labios gruesos podía ver sus dientes, ennegrecidos por el tabaco asesino.

Mi madre le sujetó amorosamente la barbilla con una mano, por debajo de la barba cana y despeluzada, y con la otra le sostuvo la nuca.

El suave balanceo del ascensor, sobrecargado con cinco cuerpos y una silla, duró mucho, tanto que ha llegado hasta hoy. La cabeza vencida de mi padre, las facciones caídas,

la boca y los ojos —sí, los ojos también— entrecerrados, sellaban todos sus secretos para siempre.

Secretos que yo intuía y secretos de verdad, aquellos cuya existencia ni siquiera podía imaginar.

Hasta aquí la cámara lenta. A partir de ese momento, los planos se sucedieron en un picado abrumador.

El cuerpo depositado en la cama de matrimonio. El celador que se despide. Una propina furtiva, un billete de quinientas pesetas que se desliza en su mano. Mi madre amortajando a su marido con la sábana grande y el puñado de imperdibles. Los dedos cerrándole los ojos. Una venda alrededor de la cabeza y por debajo de la barbilla para que la mandíbula se cierre antes del *rigor mortis*. La cara de mi padre, del color de la cera. Mi hermano y yo callados, mirándonos con sonrisas heladas, bromeando nerviosos, empequeñecidos ante la gran verdad que se manifestaba ante nosotros.

—Volved a la cama y dormid un poco.

Creo que sí dormí algo. Al clarear, mi hermano —en realidad, mi hermanastro, pues no era hijo de Karel, aunque yo eso aún no lo sabía— me dijo:

—Se ha pasado la noche abrazada a él. Llorando.

Así se fue mi padre. Así me dejó. Fue la madrugada del 16 de octubre de 1979. Yo tenía dieciséis años y lo único que sabía de él a ciencia cierta era que me quería «más que a nada de mi vida», como me escribió, con su español indómito, en mi libro de autógrafos.

Aún no sabía que los espías no hablan, y que, aunque quieran olvidar, no olvidan. Creo que es por eso que no hablan; hacerlo les llevaría a recordar más de lo que se puede soportar.

Tuve que tener un hijo para saber que, solo a un niño, un padre le cuenta los pasajes más veraces de su vida.

Los recuerdos de su infancia, de aquel lugar remoto e idealizado llamado Bélgica, sus aventuras de juventud, los ideales nacionalistas, la pintura, las exposiciones, los premios, los

espías, la guerra, Hitler, el hotel Palace de Madrid, el lujo, los viajes, la huida, la persecución, la condena a muerte, el exilio, la pobreza, los amigos extranjeros al volante de espléndidos deportivos, las conversaciones que mantenían en los seis idiomas que dominaba: Karel Holemans era un fascinante e intrincado misterio.

Decía que le gustaba resolver los jeroglíficos de *La Vanguardia* porque: «Durante la guerra, yo descifraba jeroglíficos».

Cuando paseábamos por la Rambla de Tarragona, el sol mediterráneo hería nuestros ojos claros: nuestros ojos flamencos, decía, que estaban hechos para el gris y el azul de los paisajes belgas que pintaba.

Karel no tenía un trabajo normal. Se diría que no tenía trabajo, lo que añadía un misterio más a mi curiosidad por comprender su mundo. Karel me llevaba a todas partes, pero no porque no tuviera un trabajo definible, sino porque me quería a su lado.

Solía acompañarle en sus charlas en los bares y escuchaba y observaba, a su lado y en silencio. A veces, —cuando había— me invitaba a un refresco en una terraza. Con toda la frecuencia que podía, me daba cinco pesetas —cuando había— para que me entretuviera con un *libro*, que era como yo llamaba a los tebeos para convencerle de que me los comprara.

Asistí así a un mundo adulto que no era como el de los otros adultos. Estaba lleno de gente llegada de países lejanos que hablaba lenguas extrañas, aunque yo podía sentir, sin levantar la vista de mi *Din Dan*, que no querían que nadie entendiera las palabras que pronunciaban.

Vlaamsch Nationaal Verbond, Abwehr, *Deutschland*, Wehrmacht, Gestapo, *dollars, marks, francs, exil, frontière, prison, tirer, mort*.

Al volver a casa, muchas veces ya de noche, mi mano entraba en el bolsillo de su abrigo, a la altura de mi cara, y encontraba su mano, grandota, calentita y comfortable.

Esa mano envolvía la mía y ya no había nada más que pedirle a la vida. Sentía sus uñas largas, las mismas que me iban a sujetar para no dejarme ir la última noche que le vi con vida. Unas uñas amarillas de nicotina venenosa.

Karel me habló siempre en español. Nunca quiso enseñarme flamenco, la lengua en la que pensaba y en la que re-funfuñaba en voz baja. El idioma de sus pensamientos quiso quedárselo para él, como si enseñármelo pudiera contaminarme de amargos recuerdos y conducirme a hechos trágicos.

Mantenerme al margen de lo flamenco era su forma de protegerme. Le daba la seguridad de que yo no seguiría sus pasos.

Ni que decir tiene que esa decisión tuvo el efecto contrario.

Karel, *sit tibi terra levis*, y su memoria (o mejor, su desmemoria) me empujarían sin remedio desde la Tarraco imperial hacia la ignota Galia Bélgica.

Karel murió dejándome una herencia de valor incalculable: un reloj barato, que le sobrevivió solo unos meses, y una historia insondable, formada por todas las preguntas que nunca pude hacer, por todos los silencios que guardaban sus ojos azules y húmedos, por los nudos en la garganta que apagaban sus palabras cuando se refería a su pasado.

A los dieciséis años yo aún no sabía ni cómo ni cuándo, pero ya había decidido que un día trataría de llenar el vacío gigantesco, el negro abisal en el que su ausencia me dejó.

He masticado esa idea durante décadas. Me puse manos a la obra hace varios años. He necesitado madurez y algo de dinero para emprender a ciegas una investigación completamente *amateur* que no sabía muy bien dónde me llevaría.

He investigado en archivos de varios países, me he entrevistado con vivos que quieren saber y con moribundos que no quieren recordar. Me he familiarizado con un país en el que nunca viví y con un tiempo habitado solo por muertos.

He averiguado mucho. He entendido las respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que existían. He reconstruido amores, vocaciones, fes, amistades y traiciones de hace casi un siglo. He pisado sobre las huellas de los pasos de Karel en varios países. He escuchado el eco de su voz en su caligrafía diminuta.

Y, sin embargo, he fracasado. Nunca conseguí alcanzar lo que verdaderamente deseaba: reencontrarme con él, abrazarle de nuevo y sentir sus labios gruesos y su rostro sin afeitar en mis mejillas de niño.

No me fue dado crecer junto a mi padre. Nunca pude preguntarle qué ocurrió, cómo habíamos llegado a Tarragona y qué hacíamos allí, varados a orillas del Mediterráneo, tan lejos de Flandes. Por qué no teníamos familia y por qué tan pocos amigos.

Los enigmas de Karel Holemans fueron siempre mi equipaje, allá adonde la vida me llevara.

Necesitaba entender las razones, revelar los secretos, iluminar las sombras, romper los lacres, gritar los motivos, dismantelar las calumnias, señalar a los traidores y, quizás algún día, restaurar su nombre.

Para no ser yo, nunca más, el hijo de un fugitivo, de un criminal condenado a muerte.

Ibiza, 4 de diciembre de 2016.